

EL SABER QUIRURGICO DE FERMIN PALMA GARCIA

Por Eduardo García Triviño

Jaén

En su memoria

Conocí a Fermín Palma, allá por los finales de la década de los veinte, siendo yo aún estudiante de Medicina, y fui presentado a él por aquel otro pionero de la Medicina científica en Jaén, Eduardo Arroyo. Palma era ya cirujano del Hospital Provincial. Comprobé que, antes de él, en Jaén no se hacía más que cirugía elemental. Por eso, en el orden cronológico, Palma fue, sin duda, el primer cirujano de Jaén.

Después, en la década de los treinta, ya ejerciendo yo en Jaén la Ginecología, conviví mucho con él y pude comprobar a través de los años, que era un gran cirujano y como entonces, a nadie por aquí vi operar mejor que a él; también en el terreno técnico lo consideré como el primer cirujano de Jaén. Yo venía de una gran escuela quirúrgica, la de Granada; podía establecer comparaciones y juicios. Incluso, cuando las facultades físicas —que tanto precisa el cirujano—

empezaron a abandonarle, lo que aún podía hacer, lo hacía mejor que nadie de los que conocí. Aquella calidad de su cirugía, resaltaba su mérito, pues era maestro en la disección.

Entendí siempre que al cirujano le son precisas las siguientes características: vocación, responsabilidad y técnica. Esas tres virtudes adornaron siempre a Fermín Palma, y por eso, sin duda por eso, fue incuestionablemente un gran cirujano en su época y por eso lo habría sido en todas las épocas.

Era un cirujano vocacional. Hombre ordenado y madrugador, tenía tiempo para todo y la mayor parte de la jornada era para la cirugía. Pero si no hubiese sido así, para todo podía haberle faltado tiempo, menos para operar. Esa jornada tenía siempre un sitio para el estudio y sobre su mesa de despacho, en su clínica privada de la plaza

del Deán Mazas, siempre que le visité, había abierto y en uso un libro de cirugía; allí conocí la obra de Kischner y allí volví a ver, aquella Anatomía Topográfica de Testút, que él repasaba con frecuencia.

De esa vocación estaba impregnada su diaria tarea en el Hospital de San Juan de Dios en sus varias salas, que él visitaba a diario y después, en su quirófano (el quirófano que él montara y cuidara con tanto esmero y que rigiera con disciplina, casi castrense y como reminiscencia de su vida anterior). Aquel quirófano, siempre abierto para el que quisiera y mereciera laborar, pues comprendió e inició, en Jaén, la labor formativa de un Hospital. No precisó de inspecciones ni órdenes, pues la tarea hospitalaria era para él lo primero. ¡Cuánto había que aprender de él, también en eso!

Esa vocación le hizo operar de todo, hasta que las especialidades, y por su iniciativa, fueron apareciendo en aquella casa. Lo mismo operaba un riñón o extraía un cálculo vesical, que operaba una próstata, que una traqueotomía, unas amígdalas o trepanaba una mastoide, que extirpaba un apéndice, operaba una hernia o un estómago. Era el auténtico cirujano general de un hospital provincial, general y mal dotado, donde la labor del hombre tenía que sustituir todas las faltas, y sustituirlas precisamente, ¡si lo sabré yo!, con vocación.

Responsabilidad. Conocía las posibilidades y los riesgos de la cirugía y su juicio era claro y sereno. Operaba lo que la cirugía podía curar y no la medicina y al sentar una indicación, ni optimismos temerarios ni timideces inoperantes y perjudiciales al fin. La seguridad que tenía en sí mismo, la irradiaba al enfermo, a familiares y a médicos. Era todo un hombre y triunfó en la cirugía, como habría triunfado en cualquier otra actividad en la vida. Carácter, se llama eso que él poseía y mostraba en todo momento. En su propia carne juzgó y conoció las posibilidades y los riesgos de la cirugía y probó en sí mismo, como hay responsabilidades que con nadie se pueden compartir.

Técnica. Como todos los cirujanos de su época —sin anestésistas, servicios de recuperación, ni antibióticos—, todo lo tenía que confiar al modo operatorio. Por eso cuidaba tanto la asepsia, al extremo de que en su quirófano no se podía pisar con zapatos de calle y había que enfundarse los pies con unos zapatos de lienzo, hasta media pierna. En la técnica, cuidar mucho de no crear condiciones locales para la siembra bacteriana: incisiones limpias, el menor trauma posible, la disección precisa tan solo, la hemostasia meticulosa, las suturas pulcras y finas... ¡Era un deleite verle operar! Rapidez, para prevenir el shock y las complicaciones anestésicas, en época de raquis y Ombredanne, manejado por un practican-

te o una monja... Por eso, no perder tiempo en lo accesorio y disponer del preciso en el tiempo fundamental. ¡Qué bien administraba el tiempo en la operación! Esto, hoy se comprende menos, quizás... demasiado menos de lo debido.

Por todo, fue un cirujano que triunfó en Jaén, pero lo habría logrado en cualquier parte, por su vocación, su responsabilidad quirúrgica y su técnica.

La vida premió sus desvelos y sus virtudes y fue, sin duda, un hombre afortunado en muchos aspectos, quizás en todos. Vivió largos años, con buena salud hasta

el final. Fue respetado por todos y estimado por los que tuvimos la dicha de conocerle. Tuvo hijos médicos, en los que vio continuada su vocación y su obra y cuyas dotes de hombres cabales y útiles, son en parte de carácter genotípico y, por tanto, involuntario para el progenitor, pero que indudablemente y de modo dominante, fue el poder educativo del ejemplo lo que dejó en ellos una impronta imborrable. Si él, en las postrimerías de la vida, tuvo el consuelo de unos hijos ejemplares, ellos deben tener, después, el consuelo del recuerdo de un padre ejemplar.